

TRIDUO SACRO

El Triduo santo pascual de la Pasión y Resurrección del Señor es el punto culminante de todo el año litúrgico. Reúne a los fieles para guiarlos a revivir en la fe el misterio pascual de Cristo y a renovar, siempre en la fe, el compromiso de injertarse vitalmente en Él por el Bautismo..

La Pascua del Señor pasa de la Cena memorial del Señor del Jueves Santo a la celebración de la Pasión el Viernes, del silencio de la vigilante espera junto al sepulcro del Sábado al gozo del encuentro con el Resucitado en el banquete pascual

Jueves Santo: JESUCRISTO, EL MAESTRO Y EL SEÑOR QUE AMÓ HASTA EL EXTREMO

I. Felipe Fernández Caballero

II, Sagrada Congregación para el Clero

I: MENSAJE CENTRAL

"Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que era entregado, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, por el cual iba a perpetuar a través del tiempo hasta su retorno el Sacrificio de la Cruz y a confiar así a su amada Esposa, la Iglesia, el memorial de su Muerte y Resurrección" (S.C. 47)

Guía para lectura y predicación del CEC, (SEC)

La conmemoración de la Eucaristía no se puede separar hoy del contexto de la celebración. El comienzo del Triduo Sacro nos hace entrar en la dinámica del Misterio Pascual. Es el paso del Señor. La muerte gloriosa de Cristo ya se inicia: sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre.....

* Este memorial no es un simple recuerdo; es presencia real de Aquel a quien recordamos. Presencia de quien se entrega en favor de la humanidad; entrega que brota de su libérrima voluntad: Nadie me quita la vida, sino que la doy yo por mi mismo.

* Comer el Cuerpo del Señor y beber su Sangre es anunciar la Muerte del Señor. Es imposible separar de la Eucaristía el amor fraterno. Si lo hacemos, vaciamos de sentido el sacramento.

LA FE DE LA IGLESIA

Jesús anticipó en la cena la ofrenda libre de su vida: Jesús expresó de forma suprema la ofrenda libre de sí mismo en la cena tomada con los Doce Apóstoles en "la noche en que fue entregado" (1 Co 11,23). En la víspera de su Pasión, estando todavía libre, Jesús hizo de esta Última Cena con sus apóstoles el memorial de su ofrenda voluntaria al Padre, por la salvación de los hombres:

"Este es mi Cuerpo que va a ser entregado por vosotros" (Lc 22,19). "Esta es mi sangre de la Alianza que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados" (Mt 26,28) (CEC 610; cf 611).

LECTURAS:

1. "La sangre será vuestra señal"

Ex 12,1-8 11-14

La celebración de la Pascua judía no remite simplemente al pasado: es un "memorial", una experiencia religiosa de valor permanente. La liturgia judía precisa el significado siempre actual del éxodo de Egipto: "todo aquel que sea esclavo, ¡que venga a celebrar la Pascua! Dios pasa salvando!".

La primera lectura nos remite a la preparación de la cena pascual de los judíos. Cristo eligió para su eucaristía el contexto de esta cena conmemorativa del Éxodo. El significado de la misma, que vamos a describir a grandes rasgos, nos ayudará a penetrar en profundidad en los gestos y en los sentimientos de Cristo en la noche anterior a su muerte.

En la celebración de la Pascua judía, el pan tiene un simbolismo propio: *"Este es el pan de miseria que nuestros antepasados comieron en Egipto: que aquel que se sienta necesitado venga a celebrar la Pascua"*. El pan de la Pascua remite al Dios que actuó en la historia liberando a su pueblo oprimido.

La elevación de la copa de vino va también unida a una plegaria de bendición que expresa la alegría de la liberación de la esclavitud y acompaña el sacrificio *"del cordero de Pascua con cuya sangre serán rociadas las paredes de tu altar"*. Con sangre se marcaron en Egipto las puertas de los israelitas *"cuando el Señor pasó hiriendo a los egipcios y protegiendo nuestras casas"*. Con sangre se ratificó también la Alianza en el Sinaí. Con la comida del cordero inmolado, la Pascua judía conmemora de generación en generación la liberación de Israel y la ratificación de la antigua Alianza por la sangre.

El vino constituye, además uno de los elementos del banquete mesiánico, donde

tendrá lugar la auténtica acción de gracias en la que se podrá levantar con toda verdad *"la copa de la salvación"* (Sal. 115, 13).

Pero esa celebración no remite simplemente al pasado: es un *"memorial"*, una experiencia religiosa de valor permanente, que sitúa al pueblo judío en el dinamismo de los acontecimientos, en la historia de la salvación. La liturgia judía precisa el significado siempre actual del éxodo liberador: *"todo aquel que sea esclavo, ¡que venga a celebrar la Pascua!. Dios pasa salvando!"*.

En la atmósfera de la pascua judía encuentran todo su nuevo y radical significado la fracción del pan y la distribución de la copa que Jesús realizó cenando con sus discípulos.

2. "Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre"

1Cor 11, 23-26

Pablo nos sitúa en lo que constituye el centro de la celebración de esta tarde. No se trata de una comida ordinaria sino de un memorial, una celebración en el hoy y una prenda de la gloria futura.

El rito de la antigua Pascua ha sido sustituido por uno nuevo:

- la comida del cordero desaparece, porque va a ser *"inmolada nuestra víctima pascual, Cristo"* (1 Cor. 5, 7): Jesús es el *Siervo de Yahvé* que, en su obediencia filial hasta la muerte, cargará con los pecados de los hombres ofreciéndose como el auténtico *"cordero expiatorio"* (Lv. 14):

- la atención, en la Nueva Pascua, se vincula a la fracción del pan y a la bendición de la copa de la salvación. El pan de la miseria y de la prisa será ahora el signo del Cuerpo sacrificado de Cristo, pan vivo y vivificante: *"El pan que yo daré es mi carne , para la vida del mundo"* (Jo. 6, 51). Y el vino de su copa será el signo de la sangre derramada: *"Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi sangre "*

- la Nueva Pascua será el *memorial* de la muerte salvadora de Jesús aceptada por el Padre, y la *acción de gracias* que festeja la misericordia y la fidelidad de Dios, su intervención decisiva en favor de la liberación de todos los hombres: *"Cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte del Señor"*

- la comida de la Cena del Señor será prefiguración y anticipo, en la fe y en la esperanza, del banquete escatológico en el Reino del Padre. Por ello la Iglesia ha recibido del Señor el "mandato" de proclamar la muerte del Señor *"hasta que vuelva"*.

Evangelio: "Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis"

Jn. 13, 1-15

Comer el Cuerpo del Señor y beber su Sangre es anunciar la Muerte del Señor. Es imposible separar de la Eucaristía el amor fraterno, expresado por Jesús en el lavatorio de los pies, signo de servicio, de entrega y amor.

El texto evangélico de hoy es de tal importancia que, con razón, es definido como ley, modelo y expresión de la estructura fundamental de la comunidad de Jesús

El gesto de Jesús que recoge, y que la Iglesia revive en esta tarde, ha de ser contemplado a la luz del pensamiento de Pablo sobre la Eucaristía. El Apóstol ha fijado su atención en una doble entrega de Cristo, a la muerte y a los suyos, en el misterio de su cuerpo y de su sangre.

En la base de esta doble entrega está el amor: *"Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo"*. La revelación, pues, que Cristo viene a traer al mundo es la del amor: el amor del Padre, del que es sacramento el pan de la eucaristía, y el amor que ha de caracterizar toda la existencia de sus discípulos.

Jesús actúa como *"el Maestro" y "el Señor"*. Así lo reconocen sus discípulos. Ahora bien, la autoridad de Jesús para con los suyos no es otra que la que nace del amor y se expresa en el amor.

Si el Maestro y el Señor se ha hecho esclavo de todos, la comunidad de los discípulos está obligada a hacer suyo ese compromiso de amor, en una voluntad de servicio hasta la muerte de cruz. La confesión de Cristo como Maestro y Señor lleva consigo inseparablemente la identificación con su conducta. Ahí está además, su identidad más profunda, su alegría y su salvación

Pedro se resiste a aceptar que Jesús le lave los pies porque no ha alcanzado aún una correcta comprensión del señorío de su Maestro; lo comprenderá más tarde cuando, tras una triple confesión de amor, reciba el mandato de sustituirle como pastor de sus ovejas Avanzar en la comprensión de que el amor es el fundamento de toda autoridad y el servicio su exigencia más profunda, será el reto permanente de quienes ejercen algún ministerio en la comunidad de los discípulos de Cristo.

HOMILÍA

El texto evangélico que acabamos de proclamar es de tal importancia que, con razón, es definido como ley, modelo y expresión de la estructura fundamental de la comunidad de Jesús.

El gesto de Jesús del lavatorio de los pies a sus discípulos que la Iglesia revive en la celebración de esta tarde, ha de ser contemplado a la luz del pensamiento de Pablo sobre la Eucaristía, que se nos ha transmitido en la segunda lectura.

El Apóstol ha fijado su atención en una doble entrega de Cristo, a la muerte y a los suyos, en el misterio de su cuerpo y de su sangre. En la base de esta doble entrega está el amor: *"Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo"*.

Pablo nos sitúa en lo que constituye el centro de la celebración: la Cena del Señor. De Él ha recibido lo que a su vez nos ha transmitido. El rito de la antigua Pascua judía, descrito en la primera lectura, ha sido sustituido por uno nuevo. La comida del cordero pascual desaparece, porque va a ser *"inmolada nuestra víctima pascual, Cristo"* (1 Cor. 5, 7); y la atención, en la Nueva Pascua, se centra en la fracción del pan y a la bendición de la copa de la salvación, signos del Cuerpo sacrificado de Cristo, pan vivo y vivificante –*"El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo"* (Jo. 6, 51)– y de su sangre derramada: *"Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi sangre"*

La comida de la Cena del Señor será a su vez prefiguración y anticipo, en la fe y en la esperanza, del banquete escatológico en el Reino del Padre. Por ello la Iglesia ha recibido del Señor el "mandato" de proclamar la muerte del Señor *"hasta que vuelva"*.

Cristo ha venido a traer al mundo la revelación del amor: el amor del Padre, del que es sacramento el pan de la eucaristía, y el amor que ha de caracterizar toda la existencia de sus discípulos.

Por ello es profundamente significativo que, en el lugar en que los sinópticos sitúan la celebración de la cena pascual, el evangelista San Juan haya situado la insólita y sorprendente escena de Jesús lavando los pies a sus discípulos. Durante aquella cena celebrada *"antes de la fiesta de la pascua"* en la que iba a *"pasar de este mundo al Padre"*, Jesús mostró a los suyos el amor infinito de Dios y a les propuso el amor fraterno como el signo esencial de su condición de discípulos.

Jesús actúa como *"el Maestro"* y *"el Señor"*, y así los reconocen sus discípulos. Si el Maestro y el Señor se ha hecho esclavo de todos, la comunidad de los discípulos está obligada a hacer suyo ese compromiso de amor, en una voluntad de servicio hasta la muerte.

Pedro se resiste a aceptar que Jesús le lave los pies porque no ha alcanzado aún

una correcta comprensión del señorío de su Maestro; lo comprenderá más tarde, cuando tras una triple confesión de amor reciba el mandato de sustituirle como pastor de sus ovejas. Avanzar en la comprensión de que el amor es el fundamento de toda autoridad y el servicio su exigencia más profunda, será el reto permanente de quienes quieran seguirle, y especialmente de quienes ejercen algún ministerio en la comunidad de su Iglesia. “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado”. Ahí está, además, su identidad más profunda, su alegría y su salvación

La novedad del mandamiento del amor estriba, en primer término, en el ejemplo del Señor: los discípulos deben amarse porque ellos fueron amados primero; sólo quien es amado y se siente amado es capaz de amar: el amor de Jesús es el fundamento del amor fraterno. En segundo lugar, en los caracteres de ese amor: es un amor de entrega, hecho de comunión y de sacrificio; en la comunidad de Jesús no cabe ninguna relación de dominio; sólo la de la reciprocidad sin reservas, la del servicio humilde, la de la atención solícita. Y por último, en su finalidad: no es simplemente un amor altruista y humanitario, sino la continuación, en el mundo, de la obra de Jesús: el amor mutuo ha de ser manifestativo del amor que Dios tiene a los hombres. “Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”

II.-Sagrada Congregación para el Clero

NEXO entre las LECTURAS

"Llevó su amor hasta el fin" (Evangelio). Estas palabras son la clave de comprensión de la Palabra de Dios en este Jueves santo. Este amor es el que celebraban los israelitas anualmente al conmemorar la fiesta de Pascua, fiesta de liberación de la esclavitud egipcia (primera lectura). Este amor lo manifestó Jesús de forma suprema en el lavatorio de los pies (Evangelio) y en la donación de sí mismo en pan y en vino, convertidos en su cuerpo y en su sangre (segunda lectura). Éste es el amor que se repite cada vez que los cristianos se reúnen para celebrar la Cena del Señor (segunda lectura).

MENSAJE DOCTRINAL

El amor de Dios es histórico.

La historia del amor de Dios para con el hombre resulta no pocas veces incomprensible, porque Dios ama siempre con un amor puro, desinteresado, buscador del bien de la persona amada, mientras que el amor humano no siempre goza de estas características. Además el amor de Dios no mira los "derechos" de la persona amada, porque el hombre no posee "derechos" para ser amado por Dios. De todos modos, en la historia del amor de Dios para con el hombre, la liturgia de hoy nos sale al encuentro con momentos importantes de ese amor: el éxodo de Israel de Egipto en la segunda mitad del siglo XIII a. de C. y la última Cena de Jesús con sus discípulos para celebrar con ellos la nueva

Pascua en su sangre. No por mérito propio, sino por el amor que Dios tiene a Israel, éste pasa de una condición de esclavitud y opresión en tierra ajena a una situación de libertad y en camino hacia la tierra prometida. Israel conocía perfectamente que jamás se hubiera podido liberar por sí mismo de la mano poderosa del faraón egipcio. Pero Dios, que ama a Israel, si podía y lo hizo de modo sorprendente, imprevisible, desconcertante.

Pasaron los siglos y el pueblo israelita se olvidó de Yahvéh y de sus maravillas, siguió su propio camino y se enfangó en el pecado. Los profetas, sabiendo que Dios es fiel a su amor, comenzaron a hablar de un nuevo éxodo, de una nueva Pascua, como algo que habría de venir en el futuro y revelar de modo todavía más maravilloso y sorprendente el amor de Dios. Jesucristo es el nuevo éxodo y la nueva Pascua. Él realiza la nueva liberación de la esclavitud del pecado y concede a los liberados el don de poder entrar en la patria definitiva, la Jerusalén celestial. Este amor definitivo y último de Dios al hombre es lo que los primeros cristianos celebraban cuando se reunían para la Fracción del Pan, para comer el Cuerpo y la Sangre de Cristo que alimentará nuestra mirada por toda la eternidad en el cielo.

El amor "humilde" de Dios.

En el antiguo éxodo, Dios se mostró al faraón y a los israelitas con poder extraordinario y temible; en el nuevo éxodo, inaugurado por Jesucristo, Dios nos muestra su amor en la humillación y abajamiento, con lo que nos invita a cambiar nuestras categorías. En efecto, solemos pensar, de modo muy humano, que Dios puede triunfar sólo con la fuerza y el poder, y necesitamos ver cómo triunfa por el camino irreconocible de la humillación. En la última Cena Jesús muestra el amor "humilde" de Dios en el lavatorio de los pies a los discípulos. ¡Es impresionante! Se hace esclavo para señalar que es Señor. Se humilla para manifestar su divina grandeza.

El amor "humilde" de Dios continúa actuando en la Eucaristía.

Primero, humillándose en las especies del pan y del vino, hasta el punto de no ser reconocido por muchos. Luego, aceptando, con un amor fuera de toda imaginación, que incluso labios pecadores y sacrílegos lo puedan hacer presente entre los hombres, o que pueda ser recibido indignamente por hombres sin conciencia. ¡Hasta esos extremos inverosímiles llega la humillación del amor de Dios a los hombres!

SUGERENCIAS PASTORALES

Vivir es servir amando.

En las normales categorías humanas relacionamos "vivir" con "pasarle bien", "disfrutar", "tener éxito". No es que haya que reprobarnos todo eso, pero tampoco identificarlo con el "vivir". Al menos el concepto cristiano del "vivir" se relaciona más con el "servir", pero no de cualquier manera, sino por amor. El gran peligro que nos puede acechar es confundir el servir a los demás con el servirse de los demás. Esto puede suceder dentro de la familia: los padres se sirven de los hijos en lugar de servirlos, o los hijos de los padres,

que también es posible. Puede suceder en la parroquia: servirse de la parroquia o del párroco para el propio beneficio, o al revés: que el párroco se sirva de sus feligreses para fines egoístas. Esto puede suceder igualmente en una empresa, en un banco, en una oficina administrativa, en un ministerio. Porque todos sabemos que las instituciones están al servicio del bien común, pero no pocas veces los hombres las ponemos al servicio de nuestro bien particular. Quien de verdad sea cristiano y quiera continuar siéndolo, deberá examinarse a fondo para ver si para él la vida es un servicio, como lo fue para Jesucristo, y si sabe servir a los demás por amor o más bien sirve a su propio yo, sirviéndose de los demás.

Es la hora del encuentro.

Cuando dos personas se aman, buscan encontrarse con frecuencia para sentir las vibraciones del amor, para comunicarse sus cosas y repetirse de diversas formas que se aman. Un amor donde no se da el encuentro, resultará un amor "virtual", ajeno a las exigencias más perentorias del amor. La última Cena es la hora del encuentro con Jesucristo bajo el velo del misterio, y la Eucaristía es el lugar donde se encuentra al Amado. Cuando se ama a Jesús y se le ama con pasión, como el amor de la vida, entonces se anhela la hora y el lugar del encuentro. Jesucristo no tiene horarios para la cita, somos nosotros los que podemos escoger "la hora del encuentro". Puede ser en la mañana, antes de ir al trabajo. Puede ser al final de la tarde, cuando fatigados de la actividad diaria, nos rejuvenecemos al contacto con Jesucristo Eucaristía. Puede ser en cualquier momento de la jornada, porque Él siempre está a la espera. Lo importante es que cada día pueda de veras encontrarme con el amor de Jesucristo y al contacto con el fuego de su amor pueda sentir que se enciende también mi corazón de amor a Dios y de amor a los hombres. Jesucristo, sin embargo, es un amante difícil: no se da al primer encuentro, su amor no es como el de la flor de un día, su amor es hondo, transformante, eterno. Hay que perseverar en el "encuentro" y hay que perseverar en el amor. Demos gracias a Dios que haya muchas personas para quienes el encuentro diario con Jesucristo en la Eucaristía les sea tan imprescindible como el respirar. ¿Eres tú una de ellas?